

CULTURA UNIVERSAL PARA EL CIUDADANO DEL MUNDO



Lcdo. Orlando Sotomayor
Coordinador Cultural de la
Universidad de Guayaquil

¿Son los negros los propietarios de la marimba? ¿Los indígenas lo son de la flauta o el tambor? ¿Es el rock parte de nuestra cultura? Y Mozart ¿Dónde lo ubicamos? ¿A quién pertenecen los clásicos griegos o el Libro de la Guerra de Tzun zu”?

Todo es de todos; todo pertenece a la humanidad como el resultado de un proceso del conocimiento que se realiza a través de la producción, por eso, cultura es el resultado del trabajo humano que se manifiesta según la psicología social de cada grupo humano y el aporte particular de cada trabajador. Este aserto, en la era industrial, se cumple de forma más fría porque la máquina sólo es capaz de transmitir una emoción simple y vulgar que conmueve superficialmente el espíritu, como si la emoción única de la creación del prototipo se repartiera en mínima parte en cada copia que se realiza mecánicamente. La cultura, en concreto,

es el resultado del trabajo humano y el Arte y la Ciencia son sus actividades más elevadas.

Todo lo existente, culturalmente hablando, es fruto de la acumulación del trabajo de miles de generaciones y que, en su conjunto, forman la actual Cultura Humana, a la que nos pertenecemos todos. Si libremente abrimos una llave desde los hallazgos de las Cuevas de Altamira, como el rastro humano más antiguo que hemos dejado como referente para nosotros mismos, y la cerramos con el último chip dual core que funciona en el equipo con el que escribo estas líneas, tenemos la impronta global del proceso de la producción que va de la simple obtención de energía por combustión a su obtención por la fisión atómica del núcleo de uranio. Entonces, cultura sería como el rastro que va dejando la especie en su interacción con el mundo material y la toma de conciencia que aquello conlleva, que va modificando la interpretación de la realidad.



Ahora bien, hablamos del grado más amplio de la cultura humana, la cultura universal que se liga indisolublemente a la consideración política de la ciudadanía universal, que libera a los hombres de la limitación imaginaria de las fronteras nacionales para integrar a la humanidad en un solo concepto de nación, con una nueva



identidad cultural que tiende a unificar a la especie en una sola nación humana. Es el futuro de la humanidad a mediano plazo, y los procesos de socialización que estamos viviendo son parte de ese movimiento social que se refleja en las luchas políticas, en la ocupación de espacios, en la revaloración de lo público sobre lo privado, en la participación social. Por eso la marimba y el rock es patrimonio de todos y

es derecho de cada persona el acceder a cualquiera de las expresiones particulares de cultura y es deber de cada individuo el romper las limitaciones que le impidan integrarse como parte de la cultura universal.

Más que garantizar el derecho a la existencia de cada cultura, se debe garantizar la difusión de las culturas en el afán de procurar una comprensión del aporte que han realizado al proceso universal del conocimiento, que es, en definitiva, la piedra angular de todo el asunto cultural. Difundir las culturas es difundir conocimiento y paralelamente promover la integración de las diversas nacionalidades al saber universal pero filtrado por el modo de ser de cada nacionalidad, de cada cultura. Es un fenómeno dual de retroalimentación pues, mientras la difusión fortalece las expresiones culturales manteniéndolas vivas en la memoria





social, éstas enriquecen y consolidan el conocimiento global que la especie ha adquirido, en sus cuarenta mil años de registro nemotécnico.

Desde el punto político de la cultura, ésta se manifiesta según sea o no la cultura dominante, por eso ha predominado, hasta estos tiempos, los valores culturales impuestos por los conquistadores españoles en todo lo que fue Hispanoamérica, incluida las regiones de California y Texas, territorios anexados por el expansionismo yanqui en el siglo XIX. Las culturas dominadas, indígenas y africanas, se mantuvieron reprimidas en el seno de los grupos étnicos originarios, sirviendo de amalgama para preservar su

propia vida, y como parte de la nueva cultura que el mestizaje estaba produciendo, base humana sobre la que se desarrollaría la producción en los tiempos de la colonia, que estructuró sus clases bajo una visión étnica, en la que los blancos nacidos en España eran superiores a los blancos nacidos en América, y bajo ellos se encontraban todos los demás, ocupando el escalafón final los negros puros. Tómese en cuenta que algunos aspectos de esta visión étnica aún perdura en los sectores más atrasados y conservadores de la clase dominante, pero que la fuerza racional de la sociedad va superando lentamente la inteligencia emocional de las oligarquías junto a la pérdida de gran parte de su poder político.





La cultura, como casi todas las cosas, no es un ente estático, todo lo contrario, es totalmente dinámica, maleable, sujeta a las leyes de la dialéctica, es un ser vivo que puede morir o contaminarse.

Pero las mezclas no terminaron ahí. A finales del siglo XIX, una oleada de inmigrantes cambia la fisonomía de toda América con el arribo de culturas de todos los rincones del planeta, en especial orientales y mediterráneos, que se insertan en el proceso de producción y configuran un sustrato cultural nuevo, impulsando un proceso democrático que desmonta el esquema de dominación colonial que heredaron las nuevas repúblicas, con cambios, transformaciones, revoluciones, que ampliaron y enriquecieron los valores



culturales existentes, convirtiendo a América, y en especial a Latino América, en el crisol en el que se funden las etnias y las culturas humanas en una nueva expresión universal que ya se manifiesta en los últimos años con su personalidad propia y que se atreve a proponer un camino diferente a toda la humanidad.

La nueva cultura, cuya matriz son las culturas originarias, de las que se adoptan los principios generales para interpretar el mundo, va tomando su lugar para liderar un proceso integra-

dor de todos los pueblos y naciones.

Lo que ocurre en la actualidad es eso: la incorporación de los principios de la filosofía andina como la dualidad y la complementariedad con saberes ancestrales a la ciencia de Pitágoras y Descartes, o dicho también, la aplicación del método cartesiano sin olvidar el ama llulla, ama quilla, ama shua.,o también, interpretar a Bethoven con una orquesta de músicos negros, indígenas y mestizos y con instrumentos de caña guadúa, fabricados por ellos mismos.

En resumen, se puede decir que hay un aspecto particular de la cultura que es determinado por el entorno de nacimiento o de educación que forma nuestra “línea base cultural” y que es parte de la memoria colectiva que estamos obligados a conservar como un bien público, y el aspecto general de la cultura que corresponde al bagaje universal del conocimiento humano al que tenemos derecho, y la obligación también, de tener acceso. La dinámica del fenómeno cultural latinoamericano se abre paso como una forma amplia, nueva y global que refleja la fusión de la diversidad sin pérdida de la particularidad.

NOTA. La cultura, como casi todas las cosas, no es un ente estático, todo lo contrario, es totalmente dinámica, maleable, sujeta a las leyes de la dialéctica, es un ser vivo que puede morir o contaminarse, y ésta es una consideración que debe tenerse presente con la actual presencia de un proceso de des-culturización, si cabe el término, impulsado por intereses transnacionales preocupados de crear, a nivel global, una cultura consumista, superficial y mezquina, acólito del nuevo dios llamado Mercado, y para tal objeto, entre otros, domina los medios de comunicación, que satura con alabanzas y premia con indulgencias, a los consumidores adoradores. Es la parte oscura del ser humano que difunde la cultura de la depredación que puede infectar nuestra cultura de liberación, la que estamos obligados a preservar.

